

de presentarse que se verá el país libre de la odiosa pre-
sencia de Saligny, mejor que el cual ha de ser quien quiera
que venga á sustituirlo. También se anuncia que se retirará
á Ginebra y demás traidores la impudente protección á cu-
ya sombra han estado haciendo gala de su indigencia. Ya ve-
rán si los hechos confirman esta noticia, repetida varias
veces sin que hasta ahora se haya refutado.

En 1808 iba Dapont, uno de los generales de división de
mas fama del ejército de Napoleón I. á pasar en Océla su
destino de mariscal. En 1808 viene Forsy, uno de los gene-
rales de división de mas fama del ejército de Napoleón III.
á pasar su destino de mariscal en México. Dios le depara
en su camino algo parecido á Baylen.

CORRESPONDENCIA INTERCEPTADA.

México, Octubre 15 de 1862.

Son tan curiosas las revelaciones que contienen las cartas
escritas á fines de Agosto por varios parientes de Jecker, y
que han visto la luz pública con autorizacion del supremo
gobierno, que nos parece oportuno fijarnos en los principa-
les puntos que abrazan, para que resalte mas la iniquidad
del motivo mas grave de la guerra que nos hace la Francia.

Terrible es la saña de la familia del banquero contra cuan-
tos no patrocinan el escandaloso negocio de sus bonos. El
que primero aparece como víctima de ese encono, es el ge-
neral Lorencez. Le acusan por su inercia, como si despues
de la derrota de Puebla hubiera podido atreverse á empre-
nder un nuevo movimiento ofensivo, ántes de la llegada de los
refuerzos que vienen en camino. Se regocijan de que vuelva
á la sombra, y declaran que bien lo merece. Anuncian que
se ha vuelto loco, cosa que no les parece extraña, por ser esa
enfermedad hereditaria en su familia, segun informes de Mr.
de G. Este G, cuyo nombre se escribe en las cartas con solo
esa inicial, ha de ser probablemente el vizconde de Gabriac,

que está en buenas relaciones con los interesados en un asunto al que ha dispensado abierta protección.

Toda la culpa del general francés consiste en haber escrito la verdad al emperador, luego que se desengañó de que eran falsas las noticias dadas por Almonte y compañía. Para contrariar los verídicos informes de Lorencez, se mandó á Paris á Lapiere, ayudante del mismo Almonte, hombre insinuante y avezado á la intriga, aunque mal visto del ejército francés, del que ha salido bajo auspicios poco favorables. La correspondencia interceptada dice con complacencia, que la misión de ese intrigante tuvo un éxito completo, logrando destruir las impresiones desfavorables nacidas de la lectura de las comunicaciones de Lorencez. Sea de esto lo que fuere, el enojo de los Elssesser-Jecker es manifiesto contra el jefe francés que se decidió á hablar la verdad.

También queda mal parado Douay, á quien se llama con sorna el famoso general de las guerras de Italia, citado por Bazancourt. No sabemos si también Douay habrá cometido el pecado, parecido al de su compañero, de opinar en contra de la expedición, ó si su falta habrá consistido únicamente en haber participado de esa inercia que ha detenido al ejército francés en Orizava. Los refuerzos que trajo el general citado por Bazancourt fueron tan ridículos, que de nada sirvieron; pero la dilación, cualquiera que sea su causa, es insostenible para los interesados en el negocio de los bonos, que no ven ya las horas de que lleguen sus compatriotas á esta capital, para hacer desde luego valer sus pretensiones.

Llega su turno á Forey, de quien bien se advierte que tienen desconfianza; y á quien no se paran en medios para atraer á su partido. Se alegran por supuesto de que venga á encargarse de la dirección de la guerra en lugar de Lorencez, por la sencilla razón de que con este no pueden con-

tar, mientras con aquel tienen esperanzas de lo contrario. Para que no se duerma en el camino, cosa que los seguiría teniendo en ascuas, cuentan con que aspira al mariscalato. Como les importa que sus corresponsales conozcan bien al nuevo general en jefe, hacen su retrato, calificando su carácter de violento, de cáustico, de malévolo, y llamándole machetero brusco, hombre que no entiende de chanzas. Su principal motivo de desconfianza nace de que todo lo refiere á lo militar, lo cual es para él superior á todo; y estando en contra del negocio Jecker los jefes y oficiales que le van á rodear, temen que lo vea con malos ojos. Para conjurar ese peligro, ya que no pudieron alcanzar que viniera en lugar suyo el general Trochu, desde Francia se le recomendó encarecidamente el asunto, y á México vendrá á recomendarlo con mayor eficacia todavía un amigo de la casa, que unas cartas designan con la inicial C. ó Ch., mientras otras ponen con todas sus letras su nombre, que es el de Chevardier. Otros diversos medios se tocarán para ganar á Forey; y en último caso, si se hace de pencias, cabe siempre el consuelo de que él no podrá mas que demorar el reconocimiento de los bonos, el cual se espera confiadamente del tribunal respectivo de Paris.

Ya se deja entender que se habrá olvidado al emperador, que es de quien mas se necesita que proteja la especulación usuraria del banquero. Con tal fin, se le presentan íntegras ó en extracto las cartas de éste *según lo permite su tenor*; precaución hábil sin duda, porque en esas epístolas ha de haber cosas que no podrían enseñarse á Napoleon, y por eso merece la calificación de sagaz el consejo de mandar dos pliegos separados, de los cuales uno será el ostensible, y reservado el otro. Como no conocemos la correspondencia que ha pasado por los ojos imperiales, no nos es dado participar

del gusto de S. M. por su estilo claro y conciso, y por las apreciaciones generales que le han llamado la atención, en las que de seguro se habrá cuidado de darles un giro ventajoso para la casa.

A más de las cartas presentadas, se ha apelado al medio de las entrevistas, ya del intrigante Lapierre, ya del amigo Chevardier, que no pudo sacar de la suya todo el partido que hubiera deseado, por culpa del maldito ceremonial, que no permite hablar de lo que se quisiera, sino únicamente responder á las preguntas que se digna hacer el emperador. No faltan por otra parte protectores poderosos, como por ejemplo el personaje que Elsesser (X) designa enfáticamente con el título del *nuevo duque*, y que no puede ser otro que el Conde Morny, al que S. M. acaba de otorgar ese ascenso aristocrático, y del que hace tiempo habla la crónica escandalosa como interesado en lo de los bonos.

Las diatribas contra Lorencez, contra Douay, contra los gefes y oficiales, que opinan en su totalidad contra esa especulación, se tornan en encomios y agasajos, cuando se habla de Saligny. El sobrino Luis, que escribió en la *Patrie* un artículo para ensalzarlo, á la vez que para deprimir á Prim y á Juárez, opina con sobrada razón, que *una vez que Saligny les es tan útil, bueno es emplear todos los medios posibles para levantar su crédito*. Eso y mucho más merece el insigne varón que se resigna á singularizarse al extremo de ser en México el único que sostiene el consabido negocio. Lástima grande es que en vez de seguir figurando en primer término, sea suplantado por ese sargento Forey, que viene con poderes casi ilimitados, á guisa de virey, para hacer cuanto se le antoje, y que seguramente desoír á los consejos del conde Dubois, sin cuya firmeza, Juárez se habría salido ya con la suya, gracias al uso que ha hecho de la prensa en

América y en Europa, teniendo en el mismo Paris como suyo el periódico llamado la *Presse*.

Como es muy natural, quienes tanto alaban á Saligny, se muestran altamente indignados con los comisarios inglés y español, que no quisieron imitar su conducta. De Prim se asegura que es muy impopular en Francia, desde el descalabro en Puebla, que se le atribuye. Contra Wyke es todavía mayor el encono, y se le zahiere de todas maneras, llamándole instrumento de Juárez, representándolo como verdadero adversario y hasta enemigo encarnizado de Jecker, atribuyendo también á sus artificios la derrota del 5 de Mayo. Por vía de consuelo se asienta, que su habilidad se ha convertido en tontera, puesto que ha hecho un puente de oro á la Francia y dejándole el campo libre. Si los dos comisarios de que se trata hubieran pasado por el *ultimatum* de Saligny, en vez de desecharlo precisamente por el negocio de los bonos, se les pondría en los cuernos de la luna.

Detengámonos un poco á hablar de ese negocio, que es el fondo de la cuestión. Para formar verdadero concepto de su valor intrínseco, es preciosa la confesión salida de la boca de los mismos interesados, de que está desacreditado completamente; de que se le echa la culpa siempre, siempre, de cuantos males acontecen, considerándolo como la causa de la continuación de la guerra; de que los reaccionarios temen su reconocimiento, los liberales lo execran y lo detestan los franceses; de que no lo apoya aquí más que el bueno de Mr. de Saligny; de que lo repugnan todos los oficiales, todos los gefes del ejército francés, incluso el mismo Jurien de la Gravière. Esa condenación universal es la más plena, la más satisfactoria vindicación de México: *vox populi, vox Dei*. En vano se apela al triste recurso de sostener que esa uniformidad es obra de la calumnia. Jamás la calumnia alcan-

za un triunfo tan completo, reservado por la Providencia exclusivamente para la verdad; y por otra parte, la calumnia no es ni siquiera posible en un asunto discutido ya hasta la saciedad, y cuyas constancias y pormenores son tan conocidos, que bien se le puede dar la calificación de transparente.

A ser calumniosos y no fidedignos los escritos en que se ha referido ese asunto tal como es, fácil sería desvanecer las especies falsas de que se hubiera echado mano. Léjos de emplearse tal arbitrio, el único leal, el único decente, el único satisfactorio, en una cuestión en que va de por medio no solo el interés, sino también la honra, que vale más que todos los millones del mundo; lo que se ha intentado ha sido no más evitar la publicidad de esos escritos á que nos referimos, para que el embrollo quede envuelto hasta donde sea posible en la oscuridad que tanto lo favorece, como que á lo menos dá lugar á la duda. Así vemos pintado en las cartas interceptadas, el desafortunado empeño que se ha tenido de que no circule en Europa la *Memoria* de Payno. La Sra. Jecker de Elsesser confiesa que su hermano temía mucho que se publicara, y que su marido dió muchos pasos para conseguir del director de la prensa la promesa de que no se imprimiera en Francia, á lo menos de pronto. Hé aquí las grandes ventajas de la previa censura: se suprime lo que debería publicarse, se ahoga la verdad para que no dañe á los interesados en ocultarla. La orden relativa á que los periódicos no inserten nada relativo á México, ha acabado de satisfacer los deseos de los que tienen miedo á la publicidad, porque ven con justicia su perdición en que se remueva el fango cubierto con el manto imperial.

Pero si es bueno tapar la boca al adversario, mejor todavía es hablar sin peligro de ser desmentido. Así se puede decir cuanto se quiera, pintar las cosas de la manera más fa-

vorable, desfigurar los hechos, suprimir las objeciones, despacharse por mano propia. Motivos tenemos para creer que tal es la táctica preferida por la casa interesada, la cual tiene ya, según la correspondencia que venimos comentando, impresas sus defensas, que reparte entre quienes le conviene, evitando todavía que las conozca la generalidad del público. Se espera la entrada de los franceses en esta capital, para aprovechar la oportunidad de la falta de contradictores. Humildemente confesamos que no comprendemos el motivo de que, á lo menos en Europa, no se hayan publicado ya esos famosos alegatos, si es que no contienen más que razones. Ahora, si éstas se suplen con insultos, entonces sí es muy conveniente reservarlos para ocasión más propicia.

Con excepción de algunas observaciones de segundo orden, todavía desconocidas para nosotros, el argumento principal de la defensa nos es ya demasiado notorio. Consiste en sostener que no se reclama cantidad alguna, que simplemente se pide la ejecución de una ley de hacienda, así como el cumplimiento de contratos celebrados con la solemne garantía de la legación francesa. Como al contestar un artículo de Elsesser, hemos examinado ya todos los puntos que se enlazan con esa cuestión, juzgamos inútil repetir aquí nuestra respuesta.

Con todo y esa defensa, la casa no confía mucho en el buen éxito de su negocio, cuya lentitud y peripecias le asustan. Preferiría, pues, una transacción, y para salvar las apariencias alegaría que no podía consentir en arreglo alguno, cuando no se tenía más garantía que la buena fé del gobierno mexicano, pero que se aceptaba con gusto bajo la égida de la Francia.

Este consejo, que se pone en boca de Chevardier, es al parecer del gusto del sobrino Luis, que no lo contradice.

Tambien su padre opina que vale mas que los bonos se admitan en México, y no que el negocio se resuelva en Europa á costa de un sacrificio. Imposible era decir en términos mas comedidos, que habia necesidad en Europa de hacer fuertes desembolsos para cohechar á quienes tengan influencia suficiente para decidir la cuestion á favor de los que abrieran la bolsa.

La moralidad de los que habrán tenido ó acaso tendrán que ocurrir á ese arbitrio, á falta de otros de mejor ley, se dá á conocer en la calificacion de *buena noticia* dada á la muerte de Subervielle.

Acaso en nada se palpa mas la iniquidad con que se ha procedido con nosotros en lo que á este asunto concierne, que en el hecho interesantísimo de la insercion en el Boletín de las leyes, de la naturalizacion de Jecker. El decreto respectivo no debia haberse publicado hasta fines de este mes, porque habia otros muchos que debian salir ántes; pero tantos pasos se dieron, y tanto se trabajó, que se adelantó su insercion. Esto nada importa: lo que sí vale mucho es la consideracion de que la legacion francesa ha hecho reclamaciones diplomáticas acerca del negocio de los bonos, cuyo reconocimiento pedia despues Saligny en su célebre *ultimatum*, cuando el interesado no tenia la nacionalidad, que hubiera debido ser requisito indispensable para la personalidad del ministro y del gobierno extranjeros, que así metian la hoz en mies agena. Entre los escándalos internacionales figurará en primer término el de una cuestion entablada, continuada, llevada hasta el extremo de ser convertida en *casus belli*, por dispensar proteccion á un individuo que ni por nacimiento ni por naturalizacion pertenecia entónces á la nacion á que se hacia correr á las armas en defensa de intereses agenos.

La naturalizacion *ex post facto*, conseguida por el favoritismo contra el tenor de las leyes que fijan los requisitos con

que se ha de obtener, publicada extemporáneamente, pedida y otorgada para encubrir una falta que merece el doble apóstrofe de disparate y de crimen, no puede, no debe tener efecto retroactivo. ¿A dónde iríamos á parar, si á la hora que mejor le pareciese, pudiera un suizo, un chino, un mexicano, y en general cualquier extranjero ó nativo del país, cambiar su nacionalidad por otra que le proporcionara un auxilio poderoso, á fin de hacer efectivas las reclamaciones que intentara? Hasta para el simple reconocimiento de créditos contra el tesoro mexicano, han exigido las convenciones celebradas con potencias extrañas, la triple condicion de origen, continuidad y actualidad, para que sean admisibles como propios del tenedor que los presente, reclamando su derecho de extrangería. Toda pretension en sentido contrario, seria una exigencia intolerable, que abriria la puerta á los mayores abusos.

La correspondencia interceptada contiene párrafos muy interesantes acerca de la política que el emperador se propone seguir en México; pero como se refieren á la cuestion en general y no al negocio de los bonos, reservamos tomarlas en consideracion para nuestra revista de fin de mes.

Por ahora, y para terminar este artículo, dirémos que el resúmen de las curiosas cartas publicadas es, y no puede ser otro, que á fin de lograr la realizacion de un negocio de agio en que á poca costa se queria ganar millones de pesos, se están empleando la ocultacion, la intriga, la superchería y cuantos medios reprobados sirvan para reparar la fortuna de una casa fallida, aunque tal resultado se compre con las calamidades de una nacion á cuyo suelo se trae la guerra, con escándalo de la civilizacion, por el capricho de un déspota que emplea las fuerzas de un gran pueblo en sostener intereses de esa ralea.